

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y están al servicio de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, lugares o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Last Checkmate*

© 2021, by Gabriella Saab. Published by arrangement with William Morrow Paperbacks, an imprint of HarperCollins Publishers.

© 2023, de la traducción por Begoña Prat Rojo

© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: agosto de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-38-5

Código IBIC: FA

DL: B 9.124-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Sergí Godía

Impreso en agosto de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Gabriella Saab

La chica que jugaba al ajedrez en Auschwitz

Traducción de Begoña Prat Rojo



Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

*Para Poppy: mi abuelo, mi padrino y mi mayor admirador.
Te quiero y te echo de menos con todo mi corazón.*

Capítulo 1

Auschwitz, 20 de abril de 1945

Aunque hace tres meses que escapé de la cárcel que tenía preso mi cuerpo, aún no me he liberado de la que tiene presa mi alma. Es como si nunca me hubiera quitado el uniforme a rayas azules y grises ni hubiera dado un paso más allá de las alambradas electrificadas. La liberación que busco requiere una clase de fuga distinta, una que solo puedo lograr ahora que he regresado.

Cae una lluvia fina, lo que añade una neblina inquietante a la brumosa mañana. No es muy distinta a la del primer día que estuve aquí, justo en este mismo lugar donde ahora permanezco de pie. Contemplé el letrero de metal negro que me hacía señas desde la distancia.

ARBEIT MACHT FREI

Saco la carta de mi pequeño bolso y vuelvo a leer las palabras que he memorizado; a continuación cojo el arma y la inspecciono. Una Luger P08, igual que la que mi padre guardaba a modo de trofeo después de la Gran Guerra. La que me enseñó a usar.

Dejo caer el bolso sobre el suelo mojado, me aliso la blusa y me meto la pistola en el bolsillo de la falda. Con cada paso que doy sobre la grava el aroma a tierra mojada se mezcla

con el de la lluvia, pero podría jurar que distingo restos del olor de los cadáveres en descomposición y el humo de los cigarrillos, las armas y los crematorios. Con un estremecimiento, me rodeo la cintura con los brazos y respiro para asegurarme de que el aire está limpio.

Una vez que cruzo la verja, me detengo. No se oyen improperios, mofas ni insultos; no hay chasquidos de látigos ni golpes de porras, ni perros que ladren, ni las pisadas de botas militares; ninguna orquesta toca marchas alemanas. Auschwitz está abandonado.

Cuando la voz chillona de mi cabeza trata de disuadirme, el leve susurro me recuerda que este es el día que he estado esperando y que, si no llego hasta el final, puede que nunca tenga otra oportunidad. Sigo avanzando por la calle desierta y paso junto a la cocina y el burdel del campo. Al llegar al Bloque 14, giro en la esquina y llego a mi destino, con la mano sobre mi otro bolsillo para tocar las cuentas del rosario que llevo dentro.

La plaza de recuento. El lugar donde hemos quedado. Y él ya está aquí.

El cabrón se encuentra de pie junto a la garita de madera, igual a como lo recuerdo. Apenas más alto que yo, delgado e insignificante. Lleva su uniforme de las SS almidonado y planchado pese a la lluvia, y las botas lustrosas con algunas salpicaduras de barro. La pistola le cuelga de un costado. Y sus ojillos maliciosos se clavan en mí cuando me detengo a unos metros de él.

—Prisionera 16671 —dice Fritzsch—. Me gustas más vestida a rayas.

Pese a la cantidad de veces que se han dirigido a mí con esa secuencia de números, la forma en que dice «uno, seis, seis, siete, uno» me deja sin palabras. Me paso el pulgar por el

tatuaje de mi antebrazo, que destaca sobre mi piel pálida, y sigo con las cinco cicatrices redondas que hay justo encima. El mero gesto hace que mi lengua pronuncie las palabras:

–Me llamo Maria Florkowska.

Él se ríe entre dientes.

–Veo que aún no has aprendido a controlar esa lengua, ¿eh, polaca?

El final de la partida ha comenzado. Mi ingenio es el rey; el dolor, la reina; la pistola, la torre; y yo soy el peón. Mis piezas están colocadas sobre este tablero de ajedrez inmenso. El peón blanco se enfrenta al rey negro.

Fritsch me hace una seña con la cabeza y me indica la pequeña mesa dispuesta en medio de la plaza. Reconocería el tablero a cuadros y sus piezas en cualquier parte. Nuestros pasos sobre la grava son el único sonido que se oye hasta que me dispongo a sentarme tras las piezas blancas; en ese momento, su voz me detiene.

–¿Te has olvidado de los términos de nuestro acuerdo? Si vas a aburrirme, no le veo el sentido a una última partida.

Se desplaza para bloquearme el paso, con una mano sobre la pistola, y yo respiro lentamente. De algún modo, me siento como la niña rodeada de hombres en esta misma plaza de recuento, con todas las miradas puestas sobre ella mientras juega partidas de ajedrez contra el hombre que le metería una bala en el cráneo en cuanto la pusiera en jaque mate.

El silencio se alarga, denso, hasta que consigo romperlo.

–¿Qué tengo que hacer?

Un murmullo de aprobación resuena en su garganta; me odio a mí misma por haberlo provocado.

–La sumisión te sienta mucho mejor que la impertinencia –dice él y yo contemplo sus pies mientras se acerca–. Al otro lado.

Me ha quitado las blancas y la ventaja de mover primero del mismo modo que me quitó todo lo demás. Fritzsch abrirá con un gambito de dama. Sé que lo hará porque es mi apertura favorita. También me va a quitar eso.

Y así es. Peón de dama a d4. El solitario peón blanco queda dos casillas por delante de su fila, tratando ya de controlar el centro del tablero. Cuando mi peón de dama negro se encuentra con el suyo en el centro, él responde con un segundo peón a la izquierda del primero, con lo que termina la apertura.

Fritzsch apoya su antebrazo sobre la mesa.

—Te toca, 16671.

Me trago el «*jawohl*, Herr Lagerführer» que me sube por la garganta. Fritzsch ya no es el jefe del campo. No me dirigiré a él como tal.

Al ver que me quedo callada se le tensa la comisura de la boca y una cálida oleada de satisfacción se extiende por mi cuerpo, mezclada con el frío de esta lúgubre mañana. Mientras analizo el tablero, mantengo ambas manos a la vista; la pistola sigue en el bolsillo de mi falda y noto su peso sobre mi regazo.

Fritzsch me observa coger mi siguiente peón, con la mirada encendida como si esperara que yo hablase. Algo en mi interior me insta a obedecer, aunque solo sea para alejarme de él, de este lugar, pero no puedo, todavía no. No hasta que llegue el momento adecuado. Entonces reclamaré todas las respuestas que busco. Pero si deajo que las preguntas me consuman ahora, si me desconcentro...

Después de hacer mi jugada me aliso la falda húmeda, lo que me proporciona la oportunidad de esconder las manos bajo la mesa. No puedo ponerme a temblar. Esta partida es demasiado importante. Por ahora mis manos están firmes, pero lo único que hace falta es un levísimo cambio.

«Termina la partida, Maria».
El ajedrez es mi juego. Siempre lo ha sido.
Y después de todo este tiempo, esta partida terminará a
mi manera.

Capítulo 2

Varsovia, 27 de mayo de 1941

Desde que mi familia y yo estábamos encerrados en la prisión de Pawiak, una frase resonaba en mi mente: «La Gestapo vendrá a por mí».

Acurrucada en la esquina de nuestra celda, me abracé las rodillas contra el pecho y me pasé el pulgar por el labio inferior, que lo tenía partido. Al principio había pensado que la policía alemana decidiría que no valía la pena perder el tiempo conmigo. Les bastaría con echar una mirada a mi trenza rubia y a mis grandes ojos para considerarme inofensiva.

Pero era demasiado tarde. Ya tenían pruebas de lo que había hecho.

En la cama individual metálica con un fino colchón, Zofia se agarraba al brazo de Mama. Un prisionero acababa de pasar por delante de nuestra celda dando traspies, pero mi hermana pequeña no había soltado a Mama ni había dejado de mirar los barrotes de la puerta. Los gritos del hombre suplicando clemencia resonaban en mis oídos, súplicas que le habían valido las patadas y los empujones de los guardias mientras se lo llevaban. Al final Mama convenció a Zofia de que no la estrechase con tanta fuerza y luego se puso a desenredar sus rizos dorados con la esperanza de distraerla.

Karol, por su parte, parecía haber olvidado la escena que acabábamos de presenciar. Se levantó del suelo mugriento

y se apresuró a acercarse a mi padre, que se encontraba en el borde opuesto del catre.

–Cuando lleguemos a casa quiero jugar con mis soldaditos, Tata –dijo.

–¿Tus soldaditos derrotarán a los nazis?

–Siempre lo hacen –contestó Karol con una sonrisa–. ¿Podemos irnos ya a casa?

–Pronto –dijo Tata–. Pronto.

Pero al mismo tiempo intercambió una mirada con Mama, la misma que habían comenzado a dirigirse tras la invasión de los nazis. Una que estaba llena de dudas.

Me pregunté hasta qué punto estaban enfadados conmigo. No se les notaba, pero debían de estarlo; si no por ellos, por Zofia y Karol. Mis actos habían mandado a dos niños a la cárcel. Solo llevábamos allí unos días, pero los suspiros tenues aunque contundentes de mis padres, sus fútiles palabras de consuelo y aliento, las quejas aburridas de mi hermana y los llantos de hambre de mi hermano me recordaban que yo era la responsable de nuestra desgracia.

Mientras Karol trepaba al regazo de Tata, un nuevo sonido captó mi atención. Pasos.

Mis padres tendieron la mano uno hacia el otro; un gesto sutil y sencillo, pero lo hicieron a la vez. Se movieron al mismo tiempo, a la misma velocidad, en una sincronía perfecta. Las dos mitades de un todo. Sus manos se tocaron durante un instante antes de que ambos me miraran. Ojalá no lo hubieran hecho, porque al ver la mirada que me dedicaron me abracé las rodillas con más fuerza.

Mama envió a Zofia y Karol al extremo más alejado de la cama, como si la estructura metálica pudiera protegerlos, al tiempo que Tata se ponía en pie. Al apoyar demasiado peso en su pierna mala, hizo una mueca y posó la pal-

ma de la mano en la pared para recuperar el equilibrio. Era lo único que podía hacer sin su bastón. Se hizo el silencio en el minúsculo lugar mientras los pasos de unas botas se acercaban; a continuación, la puerta de nuestra celda se abrió con un chirrido y aparecieron dos guardias. Uno me señaló con un gesto que hizo que se me cayera el alma a los pies casi en la misma medida que las palabras que lo acompañaron:

–Tú, fuera.

Durante todo ese tiempo me había repetido a mí misma que cuando los guardias vinieran a por mí los obedecería para evitar que me hicieran daño. Pero de repente era incapaz de moverme.

Tata dio una zancada hacia ellos. No estaba segura de cómo se las apañaba para mantenerse en pie, pero lo consiguió, hasta que un guardia lo golpeó y le hizo caer al suelo.

Mama me agarró contra su pecho y me protegió colocándome entre la pared y ella.

–¡No la toquéis! –gritó.

Sus chillidos reverberaron en el pequeño espacio y continuaron, pese a que le dieron un tirón de la cabeza. Sus brazos me apretaron con más fuerza, aunque pude ver cómo el guardia la sujetaba por el pelo. Este nos apartó de la pared con una sacudida y tiró de mí hasta separarnos.

Yo me resistí y me retorcí –por puro instinto, aunque no sirviera de nada– mientras me arrastraban fuera de la celda, como si mi forcejeo fuera un inconveniente sin importancia, y luego cerraron la puerta con fuerza y me colocaron unas esposas pesadas alrededor de las muñecas. Los gritos de mi familia se fueron apagando a medida que nos alejábamos. Un pensamiento inquietante me vino a la cabeza: ¿y si no volvía?

Cada paso que dábamos iba acompañado de tintineos y del ruido sordo de las botas sobre el suelo, que resonaban en los largos y fríos pasillos. Hasta el sonido de mi propia respiración se oía con intensidad. El aire olía a metal, sangre, sudor y Dios sabía a qué más. Si el sufrimiento tuviera un olor, habría olido como aquel lugar.

Al final un guardia abrió una puerta y el otro me empujó a través del umbral. Emergí a un mundo inundado por una luz penetrante y avancé a ciegas y tambaleándome hasta que un nuevo empujón trajo de vuelta la oscuridad. Parpadeé. Me encontraba en una furgoneta, sentada en un banco bajo de madera que se extendía por uno de los lados. Una gran cubierta de lona negra cubría el espacio, bloqueando mi visión del exterior, y el movimiento repentino del vehículo al ponerse en marcha casi me hizo caer del asiento. Los prisioneros hacinados a mi alrededor evitaron que perdiera el equilibrio mientras la furgoneta avanzaba con estruendo por las calles de Varsovia.

El trayecto no duró mucho. Me sacaron con un agarrón despiadado y me encontré en el número 25 de la avenida Szucha, el cuartel general de la Gestapo.

Cerré los ojos con fuerza, incapaz de soportar la luz del sol o el inmenso edificio con ondeantes banderas nazis de rojo chillón que destacaban sobre la piedra gris. Uno de los guardias dijo algo así como «cerda polaca» y «marchando» y yo seguí a los prisioneros de Pawiak a través del patio hasta el interior y luego por la escalera que descendía hacia la condenación. Con cada paso que daba por los angostos corredores de un gris lóbrego me adentraba más en las entrañas de la Szucha, hasta que llegamos a una celda vacía. Un guardia me agarró y soltó una risita al ver que intentaba protegerme; me quitó las esposas y me indicó que desfilara hacia el «tranvía». Supuse

que se refería a la hilera de asientos individuales de madera colocados uno tras otro de cara a la pared opuesta.

La puerta de hierro se cerró con un sonido metálico. La minúscula estancia apestaba a sangre y orina, olores del terror, tan intensos que tuve que contener una arcada, y el suelo de madera estaba resbaladizo y cubierto por ambas.

Yo era la prisionera más joven.

Me senté en un asiento pequeño y duro detrás de una mujer con el brazo izquierdo hinchado y amoratado colgándole del costado. Lo más probable era que lo tuviera roto. Contemplé la parte de atrás de su cabeza con miedo a moverme, a respirar.

Con el rabillo del ojo —no me atrevía a volver la cabeza— distinguí algo grabado en la pintura negra, junto a mí. Tal vez un nombre. Tal vez un heroico mensaje acerca de la libertad o la independencia. Tal vez las marcas de las uñas de un prisionero mientras se lo llevaban a rastras para otro interrogatorio, un prisionero aterrorizado al pensar que esta vez podía desmoronarse.

Otro sonido se abrió camino a través de las respiraciones superficiales que me rodeaban. Alcé la vista hacia una ventanilla abierta por donde oí unas voces vehementes procedentes de arriba. Los gritos de un interrogador, el petrificado murmullo de un prisionero y luego chasquidos, aullidos y llantos. Escuchar cómo torturaban a alguien era casi peor que la idea de que me torturasen a mí.

Los guardias fueron llamando uno por uno a los prisioneros de la celda. En un vano intento por conservar la calma, cerré los ojos y respiré hondo varias veces. Inspirar, espirar, de manera lenta y controlada. Lo único que conseguí fue que los orificios nasales se me llenaran del intenso olor a la sangre y la orina que cubrían el suelo pringoso y del hedor a cuerpos sucios, sin lavar. Cada vez que un guardia venía a

llevarse a otro prisionero mi corazón se aceleraba con un terror renovado ante la perspectiva de que dijeran mi nombre.

Pero cuando lo oí el latido de mi corazón se detuvo abruptamente.

–Maria Florkowska.

Sentí que iba a desmayarme, como si una fuerza me aplastara. Mi cuerpo parecía estar enraizado en el tranvía, hacia delante, siempre hacia delante, y de pronto habría dado lo que fuera por quedarme allí sentada el resto de mi vida antes que entrar en una sala de interrogatorios. Pero tenía que proteger a mi familia y a la Resistencia. Recé una rápida oración pidiendo fuerza y me levanté.

En el piso de arriba me senté a una mesa rectangular con un retrato de Hitler colgado en la pared a mi espalda. Un par de guardias se quedaron cerca de mí mientras yo estudiaba mi entorno. Tras un escritorio ubicado en una esquina había una mujer con expresión impasible y los dedos colocados sobre el teclado de una máquina de escribir. Por lo demás, la habitación no estaba amueblada excepto por la pared más alejada, frente a la cual había látigos, porras de goma y diversos instrumentos de tortura.

Entrelacé mis manos bajo la mesa en un intento de que dejaran de temblar.

La puerta se abrió para anunciar la llegada de mi interrogador. El Sturmbannführer Ebner, el mismo hombre que nos había detenido.

Tras la invasión alemana de 1939, en el momento en que fue seguro salir del sótano de nuestro edificio de pisos vi un caballo muerto tirado en la calle. Los pájaros habían arremetido contra su cadáver, arrancando la carne, los músculos y los tendones de los huesos, dejando el suelo manchado de rojo y abandonando la mutilada carcasa a su suerte. Mientras Ebner

se sentaba frente a mí y yo asimilaba sus rasgos, desde su calvicie prematura hasta su nariz aquilina, no podía quitarme de la cabeza la imagen de aquellos pájaros y aquel cadáver.

–Soy Wolfgang Ebner. –Hablaba en un tono despreocupado, como si fuéramos viejos amigos poniéndonos al día–. Tú te llamas Maria Florkowska, ¿verdad?

El sonido de mi nombre al salir de su boca me repugnó, pero no lo confirmé ni lo desmentí. Al oír el timbre de la máquina de escribir me sobresalté. Esperaba que Ebner no se hubiera dado cuenta.

–¿O mejor debería llamarte Helena Pilarczyk?

Pronunció las palabras con un leve dejo de sarcasmo al tiempo que un documento identificativo verde caía sobre la mesa. Mi Kennkarte falsa. La abrió para dejar a la vista la información falseada y los sellos gubernamentales falsificados que rodeaban mi fotografía y mi firma. Al ver que yo no decía nada, Ebner la apartó a un lado.

–Por lo que recuerdo, hablas un alemán excelente, pero si lo prefieres puedo traer a un intérprete para resolver este asunto en tu lengua materna.

Un intérprete habría prolongado todo el proceso, cuando lo único que yo quería era que terminase.

–Lo he hablado con fluidez toda mi vida –contesté.

De algún modo, conseguí que mi voz sonara serena. Ebner asintió y sacó un paquete de cigarrillos. Se encendió uno y dio una calada lenta y pensativa antes de exhalar el humo gris. Mientras este ocupaba el espacio que nos separaba, me tendió el paquete. Al ver que yo lo ignoraba, volvió a metérselo en el bolsillo.

–Lo único que quiero es la verdad. Si colaboras, nos llevaremos bien.

Fue casi como si oyera la voz de Irena en mi cabeza: «Mal-

dita sea, Maria, ¿cuántas veces te advertí de lo que te harían estos cabrones?». Mi compañera en la Resistencia me había llenado la cabeza con relatos acerca de la brutalidad de la Gestapo y sus vívidas descripciones se llevaron por delante los falsos intentos de Ebner de darme seguridad.

La máquina de escribir soltó otro estridente timbre mientras Ebner fumaba y esperaba a que yo dijera algo. Al ver que mi boca permanecía cerrada, la expresión de su rostro no se inmutó, aunque en sus ojos asomó un destello de irritación. Lo espantó con un parpadeo.

—Me imagino que eres consciente del castigo que conlleva ayudar a los judíos —dijo. Y sí, era consciente, por supuesto, pero ¿de verdad estaba amenazando a un miembro tan insignificante de la Resistencia con un castigo severo, incluso con la muerte? Depositó un segundo documento ante mí—. ¿Has entregado partidas de bautismo en blanco para la Resistencia polaca?

La prueba estaba justo frente a nosotros, así que no tenía sentido negarlo. Asentí.

—¿Cómo te las apañaste para que tu familia no se enterara?

—Cuando era pequeño, ¿se enteraban sus padres de todas las veces que los desobedecía?

Soltó una risita.

—No, supongo que no.

Mi mentira debió de ser más convincente de lo que me parecía. Si Ebner se había creído que mis padres no tenían ni idea de mi implicación en la Resistencia, sin duda podría persuadirlo de que tampoco habían participado en ella. Haría lo que fuera para evitar un interrogatorio a mi familia.

Ebner tiró al suelo la colilla del cigarrillo y la aplastó con el tacón de la bota para apagar la punta humeante. Dejó el certificado al lado de mi Kennkarte y se inclinó hacia mí en

un gesto lento y calculado, listo para abalanzarse sobre su presa. Intenté no moverme, pero no pude evitar agarrarme al borde de la silla.

—¿Para quién trabajas?

A pesar de que el tono de su voz no se alteró, lo único que oí fue la amenaza que se escondía tras la pregunta. La parte más egoísta de mí trató de abrirse camino en mi interior, en un intento desesperado por evitar lo que ocurriría si permanecía en silencio, pero la ignoré. No iba a permitir que la Gestapo me convirtiera en una traidora.

Me dolían los dedos, que eran incapaces de soltarse de la silla. Ebner seguía teniendo el poder de hacerme cualquier cosa. A mí. A mi familia. Mientras estaba sentada en el tranvía había oído hablar a alguien de cómo trataba la Gestapo a los prisioneros que no les daban las respuestas que buscaban. Y mi momento estaba al caer, lo sabía.

—Mi familia vive en Berlín —dijo Ebner al tiempo que se reclinaba en la silla—. Es difícil estar lejos de ellos.

Aquel hombre me estaba sometiendo a mí, una chica, a un interrogatorio de la Gestapo. ¿De verdad pensaba que me iba a creer que era un sentimental?

—Mi mujer, Brigitte, es ama de casa. Hans tiene casi la misma edad que tú y quiere ser abogado. Annelise es la pequeña y dice que se casará y tendrá hermosos bebés arios, pero antes quiere montar una tienda de muñecas, vestidos y chocolate.

Una sonrisa divertida cruzó su rostro.

Descubrir que tenía hijos hizo que brillara en mí un pequeño rayo de esperanza; al cabo de un breve instante, se desvaneció. Sabía demasiado bien que no debía fiarme de él. La táctica era buena, tenía que reconocerlo. Pero no lo bastante buena.

—Si contestas mis preguntas, lo organizaré todo para que

te suelten. Y a tu familia también. Ahora seguro que puedes contarme quién te daba las órdenes.

El soborno parecía genuino. De no ser por mis sospechas de que se trataba de un farol, me habría convencido. Por supuesto que quería que liberaran a mi familia, pero, incluso si traicionaba a la Resistencia y confesaba, algo me decía que Ebner no nos dejaría en libertad.

Al ver que yo no obedecía, dio una orden silenciosa con un sutil gesto de la cabeza. Antes de que pudiera averiguar qué significaba, los guardias me levantaron como si no pesara nada y mi silla cayó al suelo con estrépito. Ignoraron mis forcejeos y me arrancaron la falda. ¿Por qué me quitaban la ropa? Todo estaba ocurriendo muy deprisa, demasiado deprisa. Tanto, que no me dio tiempo a oponer resistencia.

«Irena tenía razón. No se van a apiadar de mí porque sea joven».

Los guardias me despojaron de todas mis prendas excepto la ropa interior –una pequeña e inesperada ofrenda– y estamparon mi espalda contra la pared. Primero inspeccionaron mi ropa, luego la echaron a un lado, y descubrieron las pequeñas costuras de mi sujetador, que revelaban los bolsillos ocultos.

«Están vacíos. –Sentía deseos de gritar esas palabras, pero solo era capaz de hacerlo mentalmente–. No los registréis, por favor, no los registréis».

Sin embargo, sabía que lo harían y así fue. Comprobaron mi cuerpo de arriba abajo y rastrearon los bolsillos a conciencia, deleitándose cada vez que me estremecía o me resistía. Ebner observaba en silencio. Después de sus manoseos, no me quedó aliento para defenderme. Lancé una mirada a la mujer que estaba en la esquina, rezando para que acudiera en mi ayuda, pero ella se limitó a introducir una nueva hoja de papel en la máquina de escribir sin prestarme atención.

Me eché hacia atrás, plenamente consciente de mi desnudez casi completa en medio de aquellos seres perversos.

«Es un táctica intimidatoria. Que no se den cuenta de que está funcionando».

Mi respiración consistía en dar bocanadas poco profundas, aunque intenté recuperar el aliento mientras Ebner esquivaba la mesa y la silla y se dirigía hacia mí. Absorbió hasta el último centímetro de mi cuerpo menudo y expuesto. Al acercarse, un temblor se apoderó de mí; si se debía al frío, al terror, a la vergüenza o a los tres, no lo sabía. No quedaba ni rastro de su fingida camaradería. Yo era su enemiga; no una niña, solo un miembro de la Resistencia que no había sucumbido a sus ardidés. Alguien a quien iba a quebrantar.

Me agarró la mandíbula y me levantó la cabeza al tiempo que gritaba y escupía; su aliento cargado de tabaco inundó los orificios de mi nariz. Exigió saber para quién trabajaba e hizo hincapié en que descubriría la verdad así tuviera que arrancarme todas y cada una de las condenadas palabras de mi boca polaca. Aunque hubiese estado dispuesta a contestar, la diatriba me había dejado la garganta demasiado seca para pronunciar una palabra. Cuando me soltó, Ebner se dirigió a la pared más alejada. En ella estaban los instrumentos de tortura.

Intenté apartar a mis captores con un movimiento rápido y recé para que mi patético gesto hiciera que me soltaran y así poder escapar del infierno que me esperaba.

Por supuesto, no fue así.

Ebner acarició la barra metálica, las cadenas y el látigo mientras yo me clavaba las uñas en las palmas de las manos. Una porra. Más compasiva que el látigo, supuse, aunque era incapaz de contener la bilis que me subía por la garganta. Al alargar la mano hacia mí, me volví a un lado, pero él me cogió por la barbilla y me obligó a mirarlo. Mi respiración entrecor-

tada era el único sonido que se oía hasta que la porra impactó en mi sien. Peores que el contacto de la contundente arma contra mi piel fueron las palabras que dijo a continuación:

–Todos los prisioneros me imploran que los mate, pero hasta que no tengo las respuestas que quiero no se lo concedo. Recuérdalo cuando me supliques que te pegue un tiro.

Aunque la voz de Ebner alcanzó mis oídos, fue la de Irena la que oí: «Para cuando hayan acabado contigo les suplicarás que te vuelen los sesos».

Dos meses y medio antes
Varsovia, 14 de marzo de 1941

El sonido constante del bastón de Tata sobre la acera adquinada rompió el silencio que reinaba en el barrio de Mokotów. El sol de la mañana se reflejaba en la empuñadura de plata, desgastada después de que Tata se viera obligado a usarlo habitualmente tras servir en la Gran Guerra. Su manera de andar, arrastrando los pies y con cojera, así como el rítmico baqueteo de su bastón, me proporcionaba una extraña sensación reconfortante. Aunque su fortaleza física había mermado, la fuerza de su carácter era la parte de él que ninguna herida podía robarle.

Unos siniestros uniformes de campaña grises llamaron mi atención: la Schutzstaffel, el escuadrón de protección del partido nacionalsocialista. Al otro lado de la calle, dos oficiales fumaban un cigarrillo mientras conversaban. Cuando se percató de su presencia, Mama volvió la cabeza y miró a Tata. Era una mirada que yo les había visto intercambiar varias veces desde la invasión. De preocupación y duda, acompañada de otros vistazos que daban de reojo y que habría resultado

fácil pasar por alto si no me fueran tan habituales. Como nos acercábamos al final de nuestra manzana, me apresuré a colocarme junto a Zofia a la espera de lo inevitable. Y, en efecto, mi hermana no tardó en dar un traspíe y soltar un grito. Me reí y la agarré del brazo para que no cayera.

—Cada vez que pasamos por aquí tropiezas con los adoquines sueltos, Zofia.

Ella observó con amargura las piedras desperdigadas a nuestro alrededor.

—Alguien tendría que arreglarlos.

Como respuesta le tiré de uno de sus rizos dorados y luego lo desasí para que volviera a enroscarse en forma de tirabuzón. Ella soltó unas risitas y me apartó. Bajo el montón de adoquines había un hueco, pero lo que hicimos fue darles patadas para volver a cubrirlo. Una vez colocada la trampa para la siguiente víctima incauta, Tata cogió en brazos a Karol, que le quitó el sombrero estilo fedora, de color gris y ala ancha, y se lo puso en la cabeza.

—Zofia, Karol, pasáoslo bien en el parque Dreszera y haced caso a vuestro padre. —Mama les recolocó el abrigo antes de lanzarme una mirada—. Maria y yo vamos a recoger raciones, así que nos veremos luego en casa.

Mientras nuestra madre les daba un beso a mis hermanos, Tata me guiñó el ojo. En los últimos días me había dedicado muchos guiños disimulados desde que revelé que estaba al tanto del secreto que compartían Mama y él. Desde que había escuchado a escondidas sus conversaciones en susurros ya entrada la noche mientras mis hermanos dormían. Desde que descubrí los panfletos antinazis que distribuía la Resistencia polaca escondidos en nuestro piso y encontré documentos de identidad en los que mis padres aparecían con los nombres de Antoni y Stanisława Pilarczyk y no

Aleksander y Natalia Florkowski. Desde que había pedido unirme al movimiento polaco clandestino junto a ellos para liberar mi patria de los invasores que perseguían a los judíos, a los polacos no judíos, como mi familia, a cualquiera que no fuese ario o que desafiara al Tercer Reich.

Mama y yo íbamos a buscar raciones, eso era cierto. Pero no hasta que mi primer día de trabajo en la Resistencia hubiese terminado.

–¿Quieres jugar al ajedrez conmigo cuando llegemos a casa?

–le pregunté a Zofia mientras Mama comprobaba su bolso para asegurarse de que llevaba las cartillas de racionamiento.

Mi hermana puso cara de asco.

–El ajedrez es aburrido.

–Eso es porque no me dejas enseñarte a jugar.

Al intentar tirarla de nuevo de un rizo me dio un manotazo y salió disparada hasta quedar fuera de mi alcance.

–Yo jugaré contigo al ajedrez, Maria. Zofia, tú puedes sacar el *Monopoly* –dijo Mama.

Varios años antes de la guerra mi padre había regresado de un viaje a Alemania y nos había sorprendido con el juego de importación estadounidense; desde entonces, había sido el favorito de mi hermana.

Nos separamos. Mama y yo avanzamos sorteando las placas de hielo y nieve y pasamos frente a edificios de pisos y tiendas que habían sobrevivido a los bombardeos; no obstante, los huecos entre ellos señalaban el lugar donde antaño se alzaban edificios que habían corrido peor suerte. La propaganda nazi contaminaba todos los muros y escaparates y en cada cartel rojo como la sangre había representada una odiosa esvástica negra sobre un círculo blanco. Un vendedor callejero le ofreció a Mama un broche de su colección de baratijas, que ella rechazó educadamente sin reducir el paso.

Una vez dentro de un pequeño edificio gris de pisos en el barrio de Mokotów, recorrimos con discreción un angosto pasillo pintado de un amarillo vivo. Mama se apresuró hasta llegar a la última puerta a la derecha, la golpeó tres veces con los nudillos, esperó y llamó dos veces más. Un patrón poco habitual, no se lo había oído utilizar antes. Una mujer bajita abrió la puerta y mi madre me metió dentro.

Aunque ahora sabía que la señora Sienkiewicz era una figura prominente de la Resistencia, me resultaba difícil hacerme a la idea, puesto que la había conocido como amiga de mi madre. Nos dio la bienvenida con una sonrisa deslumbrante y un sucedáneo de té recién hecho. Yo me bebí el mío por educación, aunque hubiera preferido que la desagradable mezcla fuera té de verdad. Me senté junto a Mama en el sofá y estudié un gran retrato que había sobre la repisa de la chimenea. En él se veía a la señora Sienkiewicz con su difunto marido el día de su boda: ella con un bonito vestido blanco de encaje y él con un condecorado uniforme del ejército polaco.

—Este trabajo es peligroso, Maria; estoy segura de que lo entiendes—dijo la señora Sienkiewicz—. Hasta que te familiarices con lo que hacemos, irás siempre con una compañera.

Era lo último que esperaba escuchar. Mama me lanzó una mirada de desaprobación, seguramente para advertirme de que me quitara la expresión huraña de la cara. Menos mal que el arreglo era provisional, y supuse que sería beneficioso aprender de alguien. Cuando hubiese demostrado mi valía, podría trabajar sola. La señora Sienkiewicz desapareció para ir a buscar a mi compañera y reapareció seguida de su hija.

Irena entró en la habitación detrás de su madre y frunció el ceño al verme.

—Mierda.

No era la reacción que esperaba de una compañera, aunque no resultaba muy sorprendente si esa compañera era Irena. La señora Sienkiewicz la cogió del antebrazo.

—Esa boca.

No podía pretender que los sentimientos de Irena no fueran compartidos: la idea de trabajar con ella tampoco me emocionaba. Irena siempre se había comportado como si los tres años que me sacaba fueran 300. Ya antes de la guerra, cuando compartíamos interminables cenas con nuestros padres, ella escuchaba mientras los adultos expresaban sus temores ante la contienda que se avecinaba y discutían sobre el *Anschluss* de la Alemania nazi, el plan para anexionarse Austria. Yo, que por entonces tenía once años, detestaba la idea de que mi padre tuviera que reincorporarse al servicio militar, a pesar de que él insistía en que le era imposible luchar y no tenía ningún motivo para temer que volvieran a mandarlo lejos de casa y que resultara herido otra vez. A pesar de sus intentos por tranquilizarme, las continuas conversaciones sobre los crecientes conflictos en Europa siempre me llevaban a refugiarme en mi tablero de ajedrez.

En ese día de primavera de 1938, tras la conversación sobre el *Anschluss*, Irena me siguió a la sala de estar, donde el latido desbocado de mi corazón ya comenzaba a calmarse mientras urdía mi estrategia de apertura.

—Un día, cuando seas mayor, entenderás que hay cosas más importantes de las que preocuparse que este maldito juego —me dijo, sin darme tiempo a responderle antes de que regresara a su sitio a la mesa del comedor.

Tal vez confundiera mi dedicación al juego con indiferencia hacia el riesgo al que mi padre y tantos otros se enfrentarían si la guerra llegaba a Polonia; aun así, me enfureció la manera en que me había soltado lo de «cuando seas mayor», como

si la infancia fuera sinónimo de ignorancia. En cuanto a lo que ella llamaba «juego», las veces que me había ofrecido a enseñarle se había negado, así que, ¿quién era la ignorante?

En ese momento me dedicó la misma mirada irritada y condescendiente que me había dirigido aquel día.

—¿Maria es la nueva recluta? —Irena miró a su madre como si la hubiera traicionado—. Mama, me dijiste que enseñaría a un miembro nuevo, no que me convertiría en niñera.

Le di un sorbo al sucedáneo de té, pero era tan amargo como el reflujo que me subió a la garganta. Mantener las palabras en los confines de mi pensamiento no resultaba tan satisfactorio, pero me negué a doblegarme ante su ceño fruncido.

—Aprenderé rápido —contesté.

—Deja que te dé tu primera lección.

Irena se sentó sobre la mesita de centro frente a mí y colocó las palmas sobre mis rodillas. Me eché hacia atrás antes de hacer el esfuerzo consciente de no darle esa satisfacción. Ella se inclinó hacia mí hasta que pude ver un pequeño crucifijo de oro colgado alrededor de su cuello. Conté cada uno de los delicados eslabones de la cadenilla.

—Hay un lugar especial en el infierno para los miembros de la Resistencia que capturan —continuó—. Se llama prisión de Pawiak. Y si todos los policías de la secreta fueran demonios, la Gestapo sería el mismísimo Satán. Esos cabrones no se apiadarán de ti porque seas joven y para cuando hayan acabado contigo les suplicarás que te vuelen los sesos...

—Basta.

Las mejillas de la señora Sienkiewicz tenían el mismo tono que si se hubiera puesto un bote entero de colorete, pero antes de que pudiera decir nada más, Irena se levantó y se fue a la cocina.

Un escalofrío repentino me recorrió el cuerpo; Irena se había salido con la suya en su intento por aterrorizarme y eso aún me molestó más. Era plenamente consciente de los peligros a los que me enfrentaba, no hacía falta que me los recordara.

La señora Sienkiewicz suspiró.

–Por favor, disculpad a Irena por su comportamiento y por las palabrotas. Lo he intentado todo para que pare, pero desde que nos unimos a la causa después de que su padre...

–Su voz se apagó y la señora Sienkiewicz carraspeó–. Maria, si Irena no se porta bien mientras trabajáis juntas, dímelo y hablaré con ella.

¿Acaso se pensaba que era tan tonta como para chivarme? Ni hablar; le tenía demasiado aprecio a mi vida.

–Lo tendré presente –contesté.

–Y no te preocupes, cielo, ya entrará en razón.

Su tono dubitativo no inspiraba mucha confianza. Se reunió con Irena en la cocina y yo me concentré en la conversación apagada que se oía a través de las paredes. Irena se quejaba de cuánto la iba a estorbar yo, una niña.

Mama permaneció sentada con los labios apretados mientras yo dejaba mi taza en la bandeja de plata y pasaba un dedo por la tapicería de flores del sofá. La mirada despectiva de Irena y su afilada lengua iban a ponerme bajo un escrutinio continuo. Me analizaría del mismo modo que yo analizaba el tablero de ajedrez en busca de debilidades para limitar el avance de mi contrincante. No tenía intención de perder frente a ella. Como miembro establecido de la Resistencia, ella tenía una ventaja inicial, pero necesitaba más que eso para derrotarme.

Una vez que la señora Sienkiewicz convenció a Irena de que volviera al salón, Mama me abrazó con fuerza y la respiración entrecortada. Inspiré su olor a geranios, su flor favorita; me

resultaba muy familiar. Al darme un beso en la coronilla, la rigidez de su cuerpo se relajó.

–Ten cuidado –suspiró al tiempo que me ponía un mechón suelto de pelo detrás de la oreja, seguramente para distraer mi atención de sus ojos vidriosos.

La señora Sienkiewicz rodeó a Mama con un brazo en un gesto tranquilizador y se la llevó fuera del apartamento, de camino a sus propias tareas dentro de la Resistencia. La puerta se cerró con un suave chasquido y un tenso silencio se hizo en la habitación hasta que Irena lo rompió.

–No esperes que te dé ni una puñetera tregua. Lo primero es el trabajo, no las personas.

–Me alegro de poder contar contigo, Irena.

–Me llamo Marta, idiota. –Sacó el permiso de trabajo y la Kennkarte falsos de su bolso y los agitó para hacer hincapié en su alias. Intercambiamos documentos de identificación–. «Helena Pilarczyk» –dijo, leyendo el mío en voz alta.

Era un buen nombre. Me gustaba; no tanto como Maria Florkowska, pero me gustaba. Irena me quitó su carné, me estampó el mío en las manos y se marchó sin esperarme.

–¿Qué es lo primero que tenemos que hacer? –pregunté mientras me apresuraba para emparejar mi paso al de sus largas zancadas.

–Si quisiera que hicieras preguntas, te lo habría dicho.

Se me hizo un nudo de rabia en el estómago, pero me quedé callada. Pasamos frente a panaderías en ruinas e iglesias cubiertas de heridas de guerra, parques sin vegetación y escaparates exiguos. Algunos se esforzaban por conservar un atisbo de su antiguo esplendor, mientras que otros se habían dado por vencidos. A medida que nos acercábamos al centro de la ciudad había cada vez más gente en la calle. Yo esperaba que Irena me llevara a un tranvía para cubrir

el trayecto en la mitad de tiempo, pero no fue así. Avanzaba como una flecha por la calle y zigzagueaba para esquivar a los transeúntes, sin que pareciera importarle si yo la seguía o no.

Al final giramos por la calle Hoža, una de mis preferidas debido a la cantidad de árboles que la bordeaban y que en primavera se llenaban de hojas verdes y vigorosas flores. Algunos capullos empezaban a crecer aquí y allá, pero mantener el ritmo de Irena no me dejaba tiempo para admirarlos. La seguí hacia un conjunto de edificios que constituían la casa provincial de las hermanas franciscanas de la Familia de María. Irena pasó de largo la verja negra enclavada en el muro de ladrillo, se detuvo ante una puerta pequeña de madera y llamó al timbre.

—Marta Naganowska ha venido a ver a la madre Matylida —dijo.

La puerta se abrió y apareció una hermana joven enfundada en un hábito negro con un cordón de un violeta intenso alrededor de la cintura y un rosario en la cadera. Nos guio hasta un patio empedrado flanqueado por tres lados por el convento. Había unos cuantos árboles dispersos entre los edificios de estuco blanco y ladrillo rojizo y en medio de un gran arriate circular se alzaba una estatua blanca de san José sosteniendo al Niño Jesús que dominaba el frondoso espacio. Era un lugar silencioso y tranquilo, un refugio agazapado dentro de la ciudad. Entramos en una pequeña estancia. Allí, sentada a una mesa cuadrada de madera y enfrascada en una acalorada conversación telefónica, estaba la madre Matylida.

La anciana madre provincial no alzó la vista cuando entramos.

—¿Estás segura de que aceptarás la bendición divina? —Se colocó bien el crucifijo que le colgaba del cuello y a continuación pasó un dedo por las tres cuentas redondas que

adornaban cada brazo de la cruz. Al cabo de un momento cerró los ojos y sus hombros se relajaron mientras soltaba un suspiro—. Me alegro mucho, amiga mía.

Mientras Irena jugueteaba con su propio crucifijo yo vi una libretita que descansaba sobre la mesa. Cubría una pila ordenada de documentos, aunque uno estaba torcido. Me dirigí a la estantería que había junto a ella, como si estudiara los diversos títulos firmados por santos y teólogos. Pasé las hojas de una copia gastada de las *Confesiones* de san Agustín al tiempo que miraba el papel con el rabillo del ojo. Era una partida de bautismo, rellena parcialmente con información personal. Intrigada, me acerqué un poco, pero una tos brusca casi me hizo soltar el libro. Me lo llevé al pecho y al darme la vuelta vi cómo Irena me señalaba el espacio vacío a su lado. Aunque entorné los ojos, devolví el libro a la estantería y regresé junto a ella.

Al final la madre Matylda colgó el teléfono, garabateó algo en su libreta y le dedicó a Irena una sonrisa radiante.

—Marta, que alegría verte. Y veo que has traído a una amiga.

A Irena no pareció hacerle mucha gracia que utilizara la palabra «amiga», pero no le llevó la contraria. En lugar de eso hizo un gesto displicente con la mano en mi dirección.

—Es Helena. —Se metió la mano en la blusa, se sacó una hoja de papel del sujetador y se la tendió—. Tengo una solicitud de oración, madre superiora. Mi madre está enferma.

La madre Matylda aceptó la cuartilla.

—Que Dios le conceda salud y una larga vida —murmuró mientras desdoblaba el papel y lo dejaba sobre la mesa.

Entorné los ojos para distinguir su contenido. Escrita con la elegante caligrafía de la señora Sienkiewicz, había una lista de nombres, unos de los cuales me llamó la atención: Stanisława Pilarczyk, el alias de mi madre.

No pude quitarme el papel de la cabeza mientras regresábamos a su piso. Irena dejó su abrigo en el respaldo de un sillón en el que procedió a sentarse, sin hacerme ni caso. Tenía la sensación de que mis pies eran tres números más grandes que mis zapatos, así que curvé los dedos para aliviar las punzadas. Debíamos de haber caminado ocho kilómetros. No estaba segura de qué tenía Irena en contra de los tranvías.

–¿Te guardas los mensajes en el sujetador? –le pregunté al cabo de un rato.

Irena se estudió las uñas.

–Todas las chicas de la Resistencia llevan sujetadores acolchados con bolsillos.

–¿Y ese es el método que usáis para pasarles información a las hermanas?

–Solo saco provecho de los dones que Dios me ha dado.

–Irena alzó la vista el tiempo suficiente para dedicarme una sonrisa socarrona—. Tú también deberías agenciarte unos. ¿Te incomoda? Porque si eres demasiado pudorosa para esconder información donde haga falta será mejor que renuncies ahora.

Se rio entre dientes al tiempo que se quitaba los zapatos de cordones de una sacudida y metía los pies bajo su cuerpo en el sillón.

«Me alegro de que te creas tan graciosa», pensé, aunque no lo dije en voz alta. En lugar de eso me acerqué a su butaca, pero ella se levantó y se dirigió a la repisa de la chimenea.

–Le has dado a la madre Matylda un mensaje codificado, ¿verdad?

–Averígualo, si tan lista eres.

–Se supone que tienes que enseñarme y lo estás haciendo fatal.

–Te estoy enseñando. Te he dicho lo del sujetador que

tienes que llevar y te estoy diciendo que averigües tú solita lo del mensaje.

Con un resoplido, me paseé por la habitación y me quedé al lado del escritorio, en la esquina. La máquina de escribir estaba cubierta por una fina capa de polvo, como si no la hubieran usado desde hacía días, y sobre un montón de hojas había un pisapapeles. Cogí un lápiz y di unos golpecitos con el dedo sobre la punta roma. En lugar de hacer encargos con un miembro de la Resistencia que me ayudara, tendría que llevarlos a cabo con la difícil compañía de Irena.

–Irena. –Al oír su verdadero nombre me lanzó una mirada fulminante y regresó a su asiento. Yo disfruté de mi pequeña victoria antes de continuar–. Dime por qué la madre Matylida estaba forjando partidas de bautismo y por qué salía el alias de mi madre en ese papel.

–Santo cielo –murmuró y me sentó en una silla frente a ella–. ¿Cómo diablos esperas que las hermanas amparen a niños judíos sin partidas? Tienen que preparar los documentos para que los miembros de la Resistencia puedan sacar a los niños del gueto a hurtadillas.

–¿Mi madre va a llevarles un niño a las hermanas?

–Mañana, y a eso me refería cuando he dicho que mi madre estaba enferma. Le entregarán el niño a una familia católica o bien lo llevarán a uno de los orfanatos de la orden fuera de Varsovia. Cuando la madre Matylida le pregunta a alguien si aceptará la bendición divina, lo que quiere decir es que se hará cargo del niño judío. Por lo que respecta a ti, vendrás conmigo a entregar mensajes y fondos, pero no tocarás la información confidencial hasta que te lo merezcas, si es que acaso llega ese día.

Sus palabras me escocieron, aunque no debería haberlo permitido. A pesar de su tendencia a recordarme mi inferio-

ridad, cada comentario mordaz que me dedicaba alimentaba mi determinación de demostrar valía.

–Al comienzo de la guerra, cuando te uniste a las primeras actividades de la Resistencia, tú solo tenías quince años –le recordé.

–Sí, pero estaba informada, no escondida tras un tablero de ajedrez. Una cosa más –Irena se inclinó hacia mí y bajó la voz–: todos los miembros de la Resistencia arriesgan su vida, pero no tengo ninguna intención de perder la mía por nadie. Harás lo que yo te diga, y si me llevas la contraria o me pones en peligro, convertiré tu vida en un infierno. ¿Te queda claro?

Más amenazas. A diferencia de su historia sobre lo que la Gestapo les hacía a los miembros de la Resistencia enviados a Pawiak, esta advertencia no me asustó.

Mi pieza de ajedrez preferida era el peón. Una elección extraña, quizá, ya que los peones no son muy importantes, pero cuando alcanzan el extremo opuesto del tablero tienen la capacidad única de convertirse en una pieza más poderosa. De repente, un humilde peón cambia todo el equilibrio de fuerzas.

En aquel juego yo era un peón y cada momento que pasaba con Irena me enseñaba más cosas sobre cómo cambiar el equilibrio de fuerzas. Me senté en el borde de la silla y coloqué de un manotazo las palmas sobre sus rodillas, imitando su gesto de esa mañana. Su sonrisita de satisfacción se esfumó, pero ni siquiera parpadeó cuando apreté con fuerza y desplegué la sonrisa más dulce de la que fui capaz.

–Como el agua.

Su mandíbula permaneció impasible, pero su mirada me dejó satisfecha, como si estuviéramos en medio de una partida de ajedrez y mi jugada hubiera dado al traste con su

estrategia. No tardaría en darse cuenta de que yo ya no era la niña que huía de la guerra y que cada minuto que había pasado jugando al ajedrez me había enseñado a elaborar estrategias y burlar a los oponentes a los que me enfrentaría en aquel trabajo. Antes de que pudiera contestar, una llave giró en la cerradura de la puerta, anunciando el regreso de Mama y la señora Sienkiewicz.

Irena se puso en pie.

–Hasta la próxima, Helena.

–La jornada en la Resistencia ha terminado. –Me levanté y alcé la barbilla–. Me llamo Maria.

Varsovia, 27 de mayo de 1941

Hecha un ovillo sobre el suelo de la sala de interrogatorios, me pregunté cuánto tiempo me dejaría allí Ebner esta vez antes de comenzar de nuevo. Tenía la frente mojada por el sudor e hilillos de restos de lágrimas saladas en la cara; con las manos temblorosas, me sequé cualquier indicio que quedara de ambos lo mejor que pude. Todavía notaba el sabor ácido del vómito en la boca.

No sabía cuántas veces podía Ebner escuchar «no lo sé», «créame» y «por favor» antes de cansarse de mí. ¿Y luego qué?

Cuando los guardias me recogieron del suelo me puse rígida, pero me sentaron de nuevo en la silla. Me desplomé sobre la mesa, agradecida por el respiro que me proporcionaba, y el timbre de la máquina de escribir volvió a sonar. ¡Clic, clic, ding! Una y otra y otra vez, mientras la mujer que producía los sonidos se dedicaba tan solo a transcribir. Con la boca cerrada y el rostro inexpresivo, desprovisto de

animosidad o compasión. Incluso cuando recibí una serie de golpes especialmente agresivos, al establecer contacto visual con ella y gritar pidiendo ayuda, me ignoró.

Ebner estaba sentado frente a mí y en sus ojos inyectados de sangre no se reflejaba ni compasión ni remordimiento, tan solo ira y frustración. Tenía las mejillas encendidas, las mangas remangadas, el pelo despeinado y el labio de arriba y la parte superior de la frente empapados de sudor. Las horas amenazando y golpeando a una niña le habían pasado factura.

A lo largo de mi interrogatorio había enterrado todo lo que sabía acerca de la Resistencia en los recovecos de mi mente. Ahora estaba cansada, muy cansada, y me moría de ganas de beber un vaso de agua. Al oír un crujido de la silla de Ebner, recé para que se hubiera acabado, pero el brillo siniestro de sus ojos indicaba otra cosa.

–Id a buscar a la familia –les dijo a los guardias–. A lo mejor ellos pueden ayudarnos a refrescar la memoria de la chica. Traed primero al niño.

«Va de farol. Por favor, Dios, que vaya de farol. No se atreverán a torturar a un niño de cuatro años». Sin embargo, había presenciado en primera persona de qué eran capaces y sabía que lo harían.

–¡Espere! ¡Por favor, espere!

Al oír mi grito, Ebner estampó ambas manos sobre la mesa con tanta fuerza que me eché hacia atrás.

–¿Te crees muy valiente, sentada ahí como si se te hubiera comido la lengua un puto gato? –En un abrir y cerrar de ojos se colocó junto a mí, me agarró del pelo y me echó la cabeza hacia atrás con fuerza. Unas punzadas de dolor agónico me recorrieron el cuero cabelludo y su rostro furibundo se cernió hasta quedar a centímetros de mi cara–. Comienza a

hablar, puta polaca, o encadenaré tu culo a la silla para que veas cómo toda tu familia paga por tu silencio.

Mi familia era su jaque mate contra mí. El único movimiento que me quedaba era confesar algo, lo que fuera, para evitar que jugara él.

–Mensajes –fue lo único que conseguí articular antes de que se me rompiera la voz. Cuando Ebner regresó a su silla, la mentira me salió de la boca en un torrente–: Recibía mensajes de la Resistencia. No sé quién los escribía, no llevaban firma...

Se inclinó hacia mí y yo me encogí para alejarme y me rodeé la cintura desnuda con los brazos, creyendo ingenuamente que eso me protegería.

–¿Qué decían? –preguntó él.

–Me indicaban dónde recoger o entregar documentos y una vez recibí uno en el que me pedían la información que necesitaban para falsificar mi documentación, pero eso es todo.

Hice una pausa para recuperar el aliento al tiempo que Ebner se ponía en pie. Debería haber prestado atención a lo que hacía, pero estaba demasiado alterada, demasiado preocupada por no olvidar la historia que había elaborado ni dejar que se me escapara la verdad.

Algo cayó sobre la mesa con un sonido metálico y me eché hacia atrás instintivamente. Esposas.

«Dios mío, mi plan no es lo bastante bueno».

O bien Ebner estaba a punto de esposarme y enviar a los guardias a por mi familia, o bien las había puesto allí para asustarme. No lo sabía. Lo único que tenía claro era que el fracaso no era una opción, que la traición no era una opción. Tenía que mantener el control. Tenía que convencerlo.

–¿Quién te reclutó?

Me sobrepuse a los sollozos que me oprimían la garganta y me obligué a responder.

–Había un mensaje tirado en la calle y lo recogí para ver lo que era. Se le debió de caer a alguien, así que lo entregué en el lugar que señalaba y les dije dónde podían encontrarme si necesitaban ayuda.

Ebner me agarró por los hombros amoratados y un extraño sonido jadeante me salió de la garganta mientras él me daba una rápida sacudida.

–¿Quién te dijo lo que tenías que hacer? Dame un puto nombre.

–No puedo. La firma indicaba que era la Resistencia, no había nombres.

–¿Adónde llevaste tu documentación?

–A los adoquines, los adoquines sueltos que hay al final de nuestra manzana. Escondí los certificados debajo y allí era donde recogía los mensajes.

Al ver que sus labios se curvaban en una cínica mueca de desprecio, una oleada de emociones descarnadas me embistió, tan despiadada y dolorosa como su porra.

–Es la verdad, lo juro por Dios...

Un repentino golpe en la mejilla cortó en seco mi llanto y reabrió el corte de mi labio. Mientras la niebla que me nublaba el pensamiento se disipaba, Ebner tiró de mí.

–Basta ya de lloriqueos. Y si una condenada palabra de lo que has dicho es mentira...

Meneé la cabeza para negarlo con vehemencia, pero solo logré emitir otro sollozo desesperado.

–Por favor, deje que mi familia y yo nos vayamos a casa.

Me atraganté con las lágrimas y ni siquiera me esforcé en decir algo más. Ebner me soltó y yo apoyé los pies descalzos sobre la silla.

Se hizo el silencio en la habitación, roto por el tableteo de la máquina de escribir y mis debilitantes sollozos, que no los podía controlar. Gimoteando como un niño desconsolado, apreté la frente contra mis rodillas en un intento de obedecer su orden de dejar de llorar. Él se encendió un cigarrillo y le dio una larga calada y el asqueroso humo se me metió en la nariz.

–Bueno, me alegro de que te hayas decidido a cooperar, Maria. Es una pena que haya costado tanto.

Durante todo ese tiempo me había convencido a mí misma de que Ebner no nos soltaría, pero ya que le había proporcionado una confesión tal vez aquel depravado había encontrado clemencia en su interior. Parpadeé para detener las lágrimas y confronté su mirada indiferente mientras él se llevaba el cigarrillo a los labios.

–He contestado a sus preguntas, Herr Sturmbannführer.

–La voz que salió de mi boca sonaba trémula y descarnada, no parecía la mía–. ¿Nos dejará marchar a mi familia y a mí?

Ebner puso los cigarrillos y las cerillas sobre la mesa.

–He dicho que te soltaré si cooperas, ¿no es así? –me preguntó y yo asentí.

A continuación, hizo un gesto con la cabeza a los guardias. Uno me cogió del brazo derecho, sujetándome con fuerza, y colocó mi antebrazo sobre la mesa. Sucedió tan rápido que no me dio tiempo a resistirme. Ebner depositó la punta encendida del cigarrillo sobre mi piel. Un dolor abrasador arrancó un grito de mi garganta, pero él aplicó más presión antes de tirar el cigarrillo al suelo y recibir otro que el segundo guardia ya había encendido.

–Que esto te sirva de lección, Maria. –Presionó el segundo cigarrillo por encima de la primera marca y alzó la voz para hacerse oír entre mis llantos–. Durante horas has sido

desobediente y has mostrado muy poco respeto por mi generosa oferta. –Cogió un tercer cigarrillo mientras yo me retorcí, pero el guardia me sujetó y Ebner procedió a seguir dibujando una hilera de quemaduras en mi antebrazo—. Cuando te has decidido a portarte bien, ya era demasiado tarde. Nuestro acuerdo ha caducado. –Mientras el cuarto cigarrillo me alcanzaba la piel, oí al guardia encender otra cerilla, lo que me hizo gritar casi tanto como el dolor—. Podrías haber aceptado mi oferta y os habríamos soltado a tu familia y a ti, pero no lo has hecho. –El quinto cigarrillo me arrancó un sollozo jadeante de los labios y Ebner alzó la vista y me miró a los ojos—. Eres una niña muy estúpida.

Se llevó el cigarrillo a la boca y en ese momento el guardia me soltó.

Cinco quemaduras, cinco círculos de ira rojos y blancos, carne derretida en una línea perfecta a lo largo de mi antebrazo. Una marca por cada miembro de mi familia, incluida yo.

Mientras acunaba el brazo herido contra mi pecho, el olor de mi propia carne chamuscada se mezcló con el hedor a humo de cigarrillo. Se me encogió el estómago. Una bilis amarilla se abrió paso por mi garganta y salpicó al caer sobre el suelo.

Un guardia me tiró algo y yo me estremecí, pero el suave sonido de la tela al caer sobre la madera anunció que me devolvían mi preciada ropa. La agarré y me vestí tan rápido como me permitió mi cuerpo dolorido. Los botones de la blusa habían saltado cuando los guardias me la habían arrancado, pero el jersey cubría la prenda que se había echado a perder. Una vez vestida no me dio tiempo a limpiarme la sangre ni la humedad de la cara antes de que unas rudas manos se cerraran sobre mis brazos.

Mientras avanzaba tambaleándome de vuelta al tranvía noté cómo me palpitaban las quemaduras. Si hubiera colaborado desde el principio mi familia y yo podríamos habernos ido a casa...

No, no podía tragarme las mentiras de Ebner. En ningún momento había tenido intención de dejarnos marchar. Mi familia era solo una táctica en su perverso juego. La mejor.

En cuanto llegamos a Pawiak los guardias me llevaron al interior. Por una extraña razón, me sentí agradecida por la fuerza con que me agarraban. Aunque el insoportable dolor se había vuelto tolerable, no me quedaban fuerzas para arrastrar mi cuerpo magullado por el pasillo. Debía recomponerme antes de llegar a la celda.

«Me han interrogado, nada más. Solo me han interrogado».

Mientras me concentraba en colocar un pie delante del otro, elevé una oración silenciosa de agradecimiento porque Ebner no me había roto ni un hueso y porque las marcas de mi interrogatorio se encontraban bajo la ropa.

Antes de la guerra le daba las gracias a Dios por cosas como mi familia, mis amigas y el sol, pero si algo ensombrecía mi dicha me lamentaba por mi mala suerte. Tenía la audacia de preguntarle a Dios por qué había ahuyentado el sol, como si una tormenta fuera lo peor que pudiera ocurrirle a una niña. Y podían ocurrirle cosas peores: que por ella detuvieran a toda su familia, que la interrogase la Gestapo, que no tuviera poder para evitar lo que deparaba el futuro. Lo único que tenía era lluvia y no sabía si el sol volvería a salir. Tendría que encontrar la dicha entre los rayos y los truenos.

Cuando nuestra celda quedó a la vista, distinguí a mi familia sumida en un tenso silencio mientras Mama caminaba de un lado a otro. Seguramente estaba así desde que me había marchado. El hedor acre a sudor, orina y vómito me

rodeaba y se mezclaba con el intenso olor a sangre y humo. El olor de la Szucha. Aunque no podía disimularlo, no iba a contarles nada más.

Karol fue el primero en verme y su rostro se iluminó.

–Maria ha vuelto.

Los guardias me metieron en la celda de un empujón. Caí al suelo y en menos que canta un gallo Mama estaba a mi lado. Luego se abalanzó sobre los guardias lanzando un chillido espeluznante.

–¡Cabrones!

Había sido una incauta al creer que podría convencer a mis padres de que tan solo me habían interrogado.

En una ocasión habíamos ido al zoo de Varsovia y habíamos visto cómo el encargado daba de comer a los leones. Mientras el hombre se acercaba al recinto, un león se lanzó sobre él desde detrás de los barrotes. Si no llega a ser por estos, seguro que habría muerto.

Mama llevaba el pelo recogido en un elegante moño alto que se le deshizo en la refriega que acompañó a nuestra detención. Ahora el pelo le caía ondulado y revuelto alrededor de la cara, enmarcando su mirada feroz y sus labios curvados en una mueca, y me recordó a ese león. Extendió el brazo con la intención de coger a los guardias del cuello y arrancárselos, pero cerraron la puerta de golpe. Se aferró a los barrotes mientras les gritaba que volvieran y se enfrentaran a ella, pero el sonido de sus pasos se apagó al tiempo que desaparecían por el pasillo.

Tata se agarró a los barrotes un instante y luego se acercó a Mama, pero ella lo apartó, cayó de rodillas y apoyó la frente sobre la puerta.

Mama nunca decía palabrotas –no si sabía que la podíamos oír– y Zofia tenía los ojos abiertos como platos.

–¿Qué ha pasado, Maria? –preguntó con voz trémula–.
¿Dónde estabas?

Si me quedaba tendida inmóvil mucho rato, no creía que pudiera volver a moverme nunca más.

–En un interrogatorio –murmuré sin mirarla mientras me sentaba–. Mama está enfadada porque me han empujado.

Puede que Zofia me creyera. O puede que dudara de si el arrebato estaba tan injustificado como yo dejaba entrever.

–¿Qué te pasa?

Aunque me imaginaba que me iba a hacer esa pregunta, no por eso me resultó más fácil oírlo.

–Estoy cansada –contesté mientras Mama regresaba junto a mí, pero no pude evitar que la voz me temblara.

–Pero...

Mama volvió la cabeza hacia mi hermana.

–Zofia Florkowska, ni una palabra más.

Zofia retrocedió sobresaltada, se mordió el trémulo labio inferior y se retiró a la pequeña cama. Tata se sentó junto a ella y le dio un beso en la mejilla. Luego le lanzó una mirada a Mama, que abrió la boca, pero antes de que pudiera decir nada Karol corrió a su lado. Se estaba mordiendo el cuello de la camisa, una costumbre que indicaba que estaba sumido en sus pensamientos, aunque sabía que no debía mascarse la ropa.

–¿Qué es un cabrón?

–No es de buena educación decir esa palabra –repuso Tata.

–Entonces, ¿por qué la ha dicho Mama?

–Lo siento, cariño, pero... –a Mama se le rompió la voz– pero han empujado a tu hermana.

–Eso no ha estado bien –dijo Karol y salió disparado hacia la cucaracha que había estado observando antes de que los improperios de Mama lo distrajeran; la siguió mientras esta se escabullía hacia la esquina.

Tata le secó a Zofia una lágrima que le caía por la mejilla.

—¿Puedes vigilar a tu hermano?

Mientras ella se iba con Karol, Tata se sentó en el suelo con Mama y conmigo. Apoyamos los tres la espalda en la pared, y aunque la presión hizo que me dolieran los moratones, estaba demasiado cansada para que me importara. Me arranqué una fina costra de sangre de la mano. Con suerte mis padres no la habían visto.

—Cariño, por favor —susurró Mama, aunque ya podían deducir lo ocurrido sin necesidad de más.

Parpadeé a través de las lágrimas mientras Tata me cubría la mano con la suya en un gesto dulce.

—Me han amenazado con llevaros allí conmigo, así que les he dado información falsa.

Mis padres se quedaron callados. Mama besó una lágrima en mi mejilla y luego se dirigió apresurada a la puerta y se quedó ahí dándonos la espalda. Se pasó las dos manos por el pelo y se lo agarró con fuerza hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Sus hombros subieron y bajaron y luego cruzó la habitación y se colocó a Zofia sobre el regazo.

Mientras me secaba una última lágrima extraviada, Tata me puso algo en la palma de la mano. Era un trocito de su ración de pan mezclado con un poco de barro y moldeado para que pareciera una pieza de ajedrez: un peón la mitad de grande que mi dedo meñique. Cerré la mano sobre él, entrelacé mi brazo con el de mi padre y le di un apretón de agradecimiento. Apoyé la cabeza en su hombro y me rendí al agotamiento, y casi me había dormido cuando su familiar susurro me llegó a los oídos.

—Eres fuerte y valiente, María mía.

A pesar de estar sumiéndome en un sueño profundo, alcancé a oír temblor en su voz.